

Pilar Bayona

Dos motivos me invitaron a detenerme en Zaragoza: rezar a la Pilarica y sorprender en su hogar a la ilustre pianista Pilar Bayona.

Pilar Bayona es una gloria para los españoles. Su figura rubia, graciosa, menudita se agiganta al impulso de su arte, para ocupar un puesto relevantísimo en el actual momento musical europeo. Ahora acaba de regresar de París de hacer unas importantísimas grabaciones de música española.

Sé la sorpresa que se va a llevar cuando me vea. He sobornado a la doncella para que silencie mi nombre. La estoy esperando en uno de los amplios salones de esta su casa señorial de los porches del paseo de la Independencia. Todo a mi alrededor respira confort, elegancia, sencillez. Aquí debe de pasar largos ratos Pilar. Hay dos magníficos pianos, uno de cola y otro vertical. Una pequeña librería, con obras selectísimas, confortables butacones, espejos de traza antigua y pinturas de firmas cotizables. Verdaderamente aquí se está bien. El espíritu descansa en la armonía del ambiente que me rodea.

La figura de Pilar se dibuja en el umbral de la puerta.

—Si no lo veo no lo creo— exclama al verme y continúa —Y esa picarona de María (se refiere a la doncella) ha sabido ocultarme bien tu personalidad.

—Quería darte una sorpresa —apunto yo.

—Pues lo has conseguido.

Bueno, ¿pero qué se te ha perdido a ti por Zaragoza?

—Nada, Pilar. Saludarte y rezar a la Pilarica.

—Eso está bien.

—Tenía unos grandes deseos de verte, para que me cuentes tu reciente estancia en París.

—Fué muy emocionante y al mismo tiempo delicioso.

Saco mi cuaderno de notas. Mi interlocutora «tuerce» el gesto.

—¿Qué vas a hacer? —inquire.

—Ya lo ves.

—¿Tratas de entrevistarme?

—No vine a otra cosa.

—Eres incorregible.

¿Cuándo vas a quemar ese cuadernillo?

—¿Para qué, Pilar? Tendría que comprar otro.

He conseguido que se ría. La victoria esta cerca.

—Bueno— dice, después de una leve vacilación—. Tú ganas. Pero, por favor, se buenecita. Ya sabes lo mal que me entiendo con los periodistas. Además tu ya conoces mi vida.

—Pero a mis lectores les agrada oírlos por boca tuya.

—Está bien. Pregunta.

—Empecemos por tu último viaje a París.

—¿...?

—¿Cómo fué el ir allá?

—Pues verás. El gran Wessenberg me oyó tocar. Y un día se le ocurrió hablar de mi con un técnico de la Casa Lumen. A esta casa le interesaba hacer nuevas grabaciones de música española y animados por las pala-

bras de Wessenberg se pusieron al habla conmigo. Y eso fué todo.

—¿Y qué música impresionaste?

—Lo más importante en cuanto a música española se refiere. Toda la «Suite Iberia» y «Navarra», de Albeniz. Varias «Goyescas», «Danza», etc. de Granados. Las cuatro piezas españolas y «Fantasía Bélica», de Falla. «Sonata», de Esplá... Ya te digo, lo más importante.

—¿Porque música sientes predilección?

—Toda la buena.

—¿Lo mismo clásicos que modernos?

—Igual. Hoy como ayer hay figuras interesantísimas.

¿Y entre los concertistas de piano?

—Primero Rubinstein... después todos los demás.

Hablemos de ti concretamente. ¿A qué edad empezaste?

—A los cinco años di mi primer concierto.

¿Aquí en Zaragoza?

—Sí. En el Teatro Principal.

¿Tengo entendido que no cursaste estudios oficiales?

—Exacto. Mis únicos profesores han sido Angelita y José Sirvent. Ayer maestros, hoy queridísimos amigos.

—¿Qué número de conciertos has dado?

—¡Oh! No soy tan detallista. ¡Incontables!

—¿Qué países has visitado?

—Toda Europa.

—¿Algún concierto de grata recordación?

—¡Tantos!

—Puntualiza.

—Hace relativamente poco, uno dado en honor de la reina de Bulgaria.

—¿Estudias mucho?

—Sólo un poquito todos los días.

—¿Totalmente absorbida por el arte?

—Tú sabes que la música colma todas mis aspiraciones. Pero aún me queda tiempo para mirar a otro lado. Me interesa toda manifestación artística. No te digo más que soy aficionadísima al cine. ¡Vulgar! ¡Completamente vulgar! —concluye Pilar Bayona con su innata simpatía.

A media tarde me prestó una mantilla, y las dos nos fuimos a rezar a la Pilarica. La veo sacar el Rosario y me dice al oído:

—¿Dirijo yo?

Otra vez hace acto de presencia la sencillez y el encanto de esta mujer extraordinaria.

Ya de madrugada, me acompañó a la estación, donde yo había de tomar el tren que me condujese a Barcelona.

Y lo último que veo son sus manos, esas portentosas manos de Pilar Bayona, que se agitan graciosamente en el aire diciéndome adiós.

Florencia M.^a Ortiz

áncora